

En torno a la obra del cineasta Eric Rohmer

El conjunto de los filmes de Eric Rohmer (un verdadero programa filosófico) construyen un edificio que no está habitado tanto por individuos como por grupos humanos. Y el director mira esa colmena con ojos de etnólogo. Y hace, interminablemente, que hable. Esas voces son la verdadera música de sus películas y, en última instancia, la del mundo moderno. Esta página supone una introducción analítica a la retrospectiva que ofrece actualmente la Filmoteca

Hacer, de la nada, alguna cosa

A PESAR de que la cultura francesa no está de moda, debemos reconocer que uno de los escasos artistas vivos que hoy tienen algo que decir en Europa es el cineasta Eric Rohmer, para mí, junto al alemán Hans-Jürgen Syberberg, uno de los pocos creadores al que en la actualidad podemos aplicar sin vacilaciones —y pese a su reconocido "clasicismo"— el epíteto de "moderno"; donde "moderno" quiere decir menos hombre de su tiempo que hombre capaz de escapar a las añagazas de su tiempo; una de las pocas maneras respetables de asumir ese manoseado concepto, hoy en boca de todos: sólo falta que se le dedique un ministerio, que es la modernidad.

Ese cineasta, nacido a principios de los años 20 —se ignora la fecha con exactitud—, cuyo ver-

dadero nombre no es Rohmer, sino Schérer, Jean Marie Schérer, que fue el miembro de más edad del grupo de jóvenes que a comienzos de los años 50 se conocieron en las butacas delanteras de la Cinemathèque Française y que años más tarde, de la mano de André Bazin, se convirtieron primero en reputados críticos y acto seguido en famosos accionistas mayoritarios de una sociedad anónima de éxito: la Nouvelle Vague, ese cineasta es ante todo un hombre independiente. Fue probablemente esa independencia —no asumida, sino consustancial— la que le privó de participar de ese éxito y le condujo, después del estrepitoso fracaso de su primer largometraje, "Le signe du Lion" (1959), a una edad relativamente avanzada, a refugiarse en el cine corto hecho en 16 mm, la

televisión y los "Cahiers du Cinéma", revista de la que fue editor entre 1959 y 1963, para poder escapar finalmente de esa situación gracias al éxito que obtuvo en una sala de cine del Barrio Latino parisiense —es decir, un éxito para minorías— su segundo largometraje, "La Collectionneuse" (1966). Pero, paradoja considerablemente rohmeriana de la historia, mientras sus otrora triunfantes compañeros de grupo parecen haber tomado la senda definitiva que conduce ineludiblemente hacia el olvido (Truffaut muerto, Chabrol progresivamente difuminado, Godard sin acabar de salir del desconcierto), él no cesa —junto a Rivette, todo hay que decirlo: otro que lo pasó mal en "los buenos tiempos"— no cesa, digo, de construir con brillantez y coherencia una obra que,

como el avance de un río caudaloso a medida que se acerca al mar, cada vez se nos aparece con mayor poderío.

Repetición

Hay directores que siempre hacen la misma película: es la repetición lo que sirve para introducir el matiz. En otros, por el contrario —como sucede en Rohmer—, la repetición a lo que apunta es a construir un edificio que se despliega tediosamente igual a sí mismo, dotado de una opacidad irritante y en cierta medida sólo comparable al devenir moroso y recalcitrante de la incombustible (en el sentido de la dificultad de hincarle el diente) realidad. Como Buñuel —cineasta por el que nuestro director siempre ha sentido una profunda animadversión, sólo



Eric Rohmer en su trabajo

ligeramente atemperada con el paso de los años—, como Lans —en quien, al contrario, siempre ha reconocido en cierta medida un modelo—, Rohmer no es un retratista de individuos, sino de grupos humanos; un etnólogo, para decirlo en terminología de enciclopedia: alguien que deposita una mirada distante, con ánimo de ficha y archivo hacia los seres que pululan por el grupo social que ha elegido para sus trabajos de campo con el fin de ofrecernos una imagen, sin voluntad de análisis ni de aventurar interpretaciones, de cómo viven, se reproducen, construyen sus hábitos, fabrican e intercambian productos, fijan las leyes de su territorio, sueñan, se construyen falsas imágenes del mundo, se agreden y hacen las paces o piensan (aunque piensen poco: como dice, creo, un personaje de "La femme de l'aviateur" [1981] "on ne saurait penser à rien"). Que nadie se confunda pues, no hay nada de balzaquiano en esa actitud; el modelo más bien es el señor Linneo.

Demasiado cerca de su objetivo

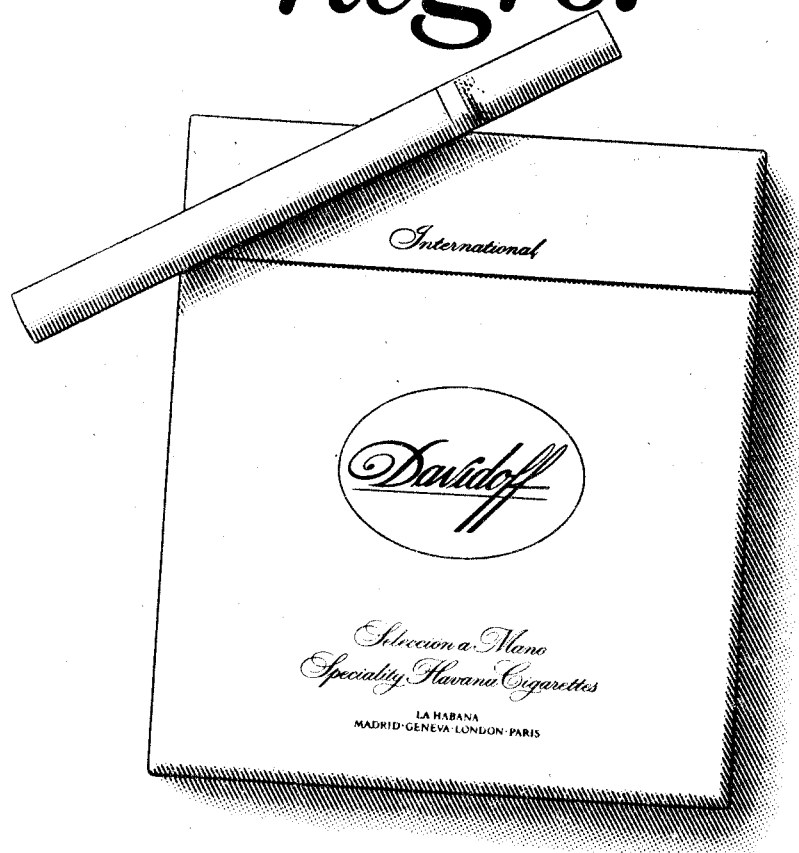
Ahora bien, si Buñuel eligió como grupo humano para su trabajo de campo el México de los años 40 y 50, Rohmer ha escogido la Francia del último cuarto de siglo, aunque no sea ésta la única diferencia. De hecho, lo que marca la distancia entre uno y otro es que Buñuel se hallaba demasiado cerca de su objetivo de estudio, cosa que con frecuencia le llevaba a desternillarse de risa; mientras que Rohmer, por el contrario, se sitúa en una lejanía suficiente como para que lo único que le desaten sus al fin y al cabo semejantes sea un cierto estado melancólico, de tal modo que el abismo que le separa de sus criaturas no parece situarse tanto en el espacio como en el tiempo: es como si el cineasta contemplara su tema de estudio desde otra época (actitud que hoy se nos aparece algo más difusa, pero que era espectacularmente clara en el tiempo de los "Cuentos morales" cuando no sólo la mirada de Rohmer parecía pertenecer a otro momento histórico, sino todo su bagaje intelectual: la pasión ineludible por el relato de que hacía gala el director de "Les nuits de la pleine lune" contrastaba con el desprestigio generalizado de ese procedi-

miento; su atención pongamos por caso a temas como la teología —"Ma nuit chez Maud" [1969]—, el significado erótico oculto de una rodilla —"Le genou de Claire" [1970]— o el misterio de la mujer —"L'amour, l'après midi" [1972]— desafiaba correlativamente el predominio de la muerte de Dios, el porno duro o el feminismo a ultranza que por aquel entonces hacían su agosto en los supermercados culturales de toda Europa, etc.).

Pero pese al tono melancólico que tiñe el mirar distante de Rohmer, la imagen que nos da de sus criaturas es, a la postre, una imagen despiadada. Los personajes del director de "La Collectionneuse", a los que encierra en esquemas relativamente rígidos —los "Cuentos morales" y las "Comedias y proverbios"—, son espeluznantes muestras de la más pura nímiedad, auténticas larvas de lo grisáceo, lo confuso y lo anodino. Sus "ninfetas", intelectuales maduros, señoritas sin seso, arquitectos, mujeres emancipadas, decoradores, donjuanes, estudiantes o empleados —no hay obreros en las películas de Rohmer— son habitantes de una colmena de laboriosos "par désœuvrement", cuya actividad no parece perseguir otro objetivo que elevar su pequeñez a categoría —sórdida categoría—: si señor. (Por cierto, que con frecuencia se ha recurrido para explicar la manera de contemplar el mundo de Rohmer a la literatura francesa de los siglos XVII y XVIII, cosa que me parece perfecta siempre y cuando no se olvide la ineludible sombra de Flaubert en general y del Flaubert de "Bouvard et Pécuchet" en particular, es decir, la estupidez humana como nuevo material heroico para el artista.) El parloteo incesante que reina en esa colmena no es como algunos imaginan una irritante impotencia del autor, sino la auténtica música de un cine que normalmente —si exceptuamos "Le signe du Lion" y "Perceval"— carece de ella. Y es su auténtica música —es decir, lo que corre por debajo de la obra, tras su apariencia— porque, en la charlatanería, esos nimios personajes —inequívocamente galos— encuentran la manera para hacer de la nada alguna cosa, que es una manera como cualquier otra de definir el mundo moderno, de explicar su esencia última y devastadora.

FÉLIX FANÉS

Los que
presumen
de tabaco
rubio,
ahora
lo tienen
negro.



Cigarrillos negros Davidoff. Una labor exclusiva de Tabacalera.

UNA TERAPIA QUE ACTUA SOBRE TODO EL ORGANISMO

ENVEJECIMIENTO PREMATURO
DEFICIENCIAS SEXUALES - ESTRÉSAtención médica bajo un tratamiento que potencia y revitaliza todo el funcionamiento orgánico del paciente.
INFORMESE SIN COMPROMISO

B clínica bauen

Diputación 279 4º
Telf. 317 57 04